

Insensiblemente Lorenzo llegó á sentir una locura furiosa y resolvió arrojar de su cama á Camilo.

Primero se había acostado vestido, evitando tocar la piel de Teresa, y luego, rabioso y desesperado, quiso estrecharla contra su pecho y aplastarla, antes que abandonarla al espectro de su víctima.

Esto fué una rebelión soberbia de brutalidad.

En una palabra, la ilusión de que los besos de Teresa le curarían de sus insomnios, le había llevado á la habitación de la joven, y cuando se encontraba allí como dueño, su carne desgarrada por átroces crisis, ni aun había tratado de procurarse el remedio.

El exceso de estas angustias le hizo salir de su embrutecimiento.

En el primer instante de estupor, en su extraña postración de la noche de novios, había podido olvidar las razones que le impulsaron al matrimonio; pero bajo los golpes repetidos de sus malos ensueños, se sintió invadido por una irritación sorda, que triunfó de sus cobardías y le devolvió la memoria.

Acordóse de que se había casado para libertarse de sus pesadillas estrechando á su mujer cariñosamente.

Entonces una noche cogió á Teresa entre sus brazos, aun á riesgo de pasar sobre el cuerpo del ahogado, y la atrajo hacia sí con violencia.

La joven también había llegado al último extremo.

Se habría arrojado á la hoguera si hubiese creído que las llamas purificarían su carne y la librarían de sus males.

Devolvió á Lorenzo su abrazo, resuelta á ser abrasada por las caricias de aquel hombre ó á encontrar en ellas un lenitivo. Abrazáronse con un apretón horrible.

El dolor y el miedo impulsaron sus deseos.

Cuando sus miembros se tocaron creyeron que habían caído en un brasero.

Lanzaron un grito horrible y se estrecharon más para no dejar entre sus cuerpos sitio para el de Camilo; pero sentían siempre el contacto de los músculos del ahogado que se aplastaban inmundamente entre ellos, helando su piel por algunas partes, mientras que por otras partes abrasaba.

Sus besos eran atrozmente crueles.

Teresa buscó con sus labios la mordedura de Camilo en el cuello hinchado y tieso de Lorenzo, y allí aplicó sus labios con locura.

La cicatriz estaba viva, y curándola, los asesinos dormirían en paz.

La joven intentaba cauterizar la herida con el fuego de sus besos y se quemó los labios: y Lorenzo la rechazó brutalmente exhalando un quejido sordo, pareciéndole que le aplicaban al cuello un hierro candente. Teresa, loca, quiso besar aún la cicatriz; gozando de placer voluptuoso en colocar su boca sobre aquella piel en que se habían clavado los dientes de Camilo, y tuvo un instante la idea de morder á su marido en aquel sitio, de arrancarle un jirón de carne, de hacerle otra herida más profunda, que borrarse las huellas de la antigua; diciéndose que no padecería al ver allí la señal de sus propios dientes; pero Lorenzo defendía su cuello, porque sentía bajo los besos un escozor inaguantable, y la rechazaba cada vez que ella quería aproximar sus labios. Los dos luchaban con estertor, defendiéndose de sus mutuas caricias.

Ambos conocían que con aquello sólo lograrían aumentar sus sufrimientos, y por más que se deshicieran en abrazos, sufrían, febriles, sin lograr calmar sus nervios sobreexcitados.

Cada abrazo aumentaba sus dolores; mientras cambiaban sus horrorosas caricias, eran presas de aterradoras alucinaciones; imaginábase que el ahogado les tiraba de los pies, é imprimía á la cama violentas sacudidas... Soltáronse un momento.

Esta situación de violencia les causó repugnan-

cia, sintieron invencibles sobresaltos nerviosos, luego no quisieron darse por vencidos; volvieron á estrecharse mutuamente y volvieron á soltarse, cual si aceradas puntas hubieran taladrado sus carnes; varias veces trataron así de vencer su repugnancia, de olvidarlo todo fatigando, quebrantando sus nervios; pero cada vez estos se irritaban más; causándoles exasperaciones mortales, que les obligaban á separarse: este combate contra su propio cuerpo les había exaltado hasta la rabia y empeñáronse en vencer; pero les rindió una crisis aun más aguda que las anteriores; sintieron como un choque tremendo y creyeron morir.

Apartáronse bruscamente hasta los bordes del lecho, enardecidos, quebrantados y rompieron á llorar.

Y en medio de sus sollozos, parecíales oír la carcajada de triunfo del ahogado, que se deslizaba nuevamente bajo las sábanas, mofándose de ellos; no habían podido arrojarle de allí; estaban vencidos; Camilo se acostó entre ambos, en tanto Lorenzo lloraba su propia impotencia.

Teresa temblaba temiendo se le ocurriera al cadáver aprovecharse de su triunfo, para estrecharla á su vez entre sus brazos podridos, como legítimo dueño suyo que era.

El matrimonio había intentado un medio supremo: en presencia de su derrota, Teresa y Lorenzo comprendían que en adelante ya no se atreverían á cambiar un solo beso; la crisis del loco amor que habían tratado de despertar para desvanecer sus terrores acababa de sumirles más profundamente en el fondo obscuro del espanto, al sentir el frío del cadáver que debía separarles para siempre, derramaban lágrimas de sangre, y se preguntaban. llenos de angustia, ¿qué iba á ser de ellos?

XXIV

Como esperaba el viejo Michaud al arreglar el casamiento de Teresa con Lorenzo, las veladas

de los jueves recobraron su antigua alegría desde el día siguiente al de la boda.

Estas veladas habían corrido gran peligro cuando la muerte de Camilo: los contertulios no se presentaron ya sino con temor en aquella casa de duelo, y cada semana esperaban una despedida definitiva.

La idea de que la puerta de la tienda acabaría por cerrarse espantaba á Michaud y á Grivet, en cuyos hábitos existía la terquedad de los brutos; ambos pensaban que la anciana madre y la joven viuda se irían á Vernón ó á otra parte, á llorar al difunto, y que ellos se encontrarían en la calle los jueves por la noche sin saber qué hacer.

Se estaban ya viendo en el pasaje, paseando ociosos, soñando con gigantescas partidas de domino.

Esperando esos malos días, gozaban tímidamente de sus últimas dichas, concurrían con cierta inquietud á la tienda, repitiéndose á cada momento que acaso no volverían más.

Tales temores duraron más de un año, sin que osaran á mostrarse risueños ante las lágrimas de la señora Raquín y el mutismo de Teresa.

No se encontraban en aquella casa tan á sus anchas como en tiempo de Camilo.

En estas circunstancias desesperadas fué cuando el egoísmo impulsó al viejo Michaud á dar un golpe maestro casando á la viuda del ahogado.

El jueves siguiente al día del casamiento, Grivet y Michaud hicieron una entrada triunfal; habían vencido; el comedor les pertenecía nuevamente; ya no temían que se les despidiese.

Eran dichosos; instaláronse y renovaron para con la joven sus antiguas bromas, adivinándose en su serena y confiada actitud que, para ellos, acababa de acontecer una revolución.

El recuerdo de Camilo se había desvanecido.

El marido muerto, el espectro que les helaba, había sido expulsado por el esposo vivo.

El pasado resucitaba con sus alegrías: Lorenzo reemplazó á Camilo y desapareció todo el motivo

de tristeza; los contertulios podían reír sin disgustar á nadie, y hasta debían reír para distraer á la excelente familia que tenía la bondad de recibirles.

Desde entonces Grivet y Michaud, que hacía cerca de dieciocho meses iban á la tienda, socapa de consolar á la señora Raquín, pudieron despojarse de su inocente hipocresía, y acudir francamente al juego, para dormirse uno en frente del otro, oyendo el ruido seco de las fichas del dominó.

Y cada semana llevaba un jueves; cada semana reunió una vez alrededor de la mesa aquellas cabezas muertas y grotescas, que antes exasperaban á Teresa.

La joven habló de despedir á aquellas gentes, que la irritaban con sus carcajadas bestiales, con sus reflexiones estúpidas; pero Lorenzo la convenció de que semejante despedida sería una falta, porque era preciso que el presente, en cuanto fuera posible, se pareciese al pasado; y, sobre todo, era conveniente conservar la amistad de la policía, de aquellos imbéciles, que les amparaban contra toda sospecha.

Teresa se resignó, y los convidados, bien recibidos, vieron con grata alegría presentarse ante ellos una larga serie de veladas.

Hacia esta época fué cuando la luz del día ahuyentaba los terrores de la noche, Lorenzo se vestía apresuradamente; no recuperaba su calma egoísta, no se sentía bien, sino en el comedor, ante una enorme taza de café con leche que le preparaba Teresa; y la señora Raquín, imposibilitada, pudiendo apenas bajar á la tienda, le miraba con sonrisa maternal mientras comía.

Hartábase de pan tostado, llenaba su estómago, y así se tranquilizaba poco á poco.

Después del café bebía una copa de coñac.

Esto le reponía completamente.

«Hasta la noche,» decía entonces á la señora Raquín y á Teresa, sin abrazarlas jamás, y se dirigía á su escritorio callejeando.

La primavera se acercaba: los árboles de los mue-

lles se cubrían de hojas, especie de tenue encaje verde pálido.

El río se deslizaba con murmullos acariciadores; los resplandores de los primeros días de sol llenaban el ambiente de suave calor.

Lorenzo se sentía renacer en la fresca atmósfera; respiraba con satisfacción los soplos de la vida nueva que descendían del espacio en los meses de Abril y Mayo; buscaba el sol, se detenía á mirar los plateados reflejos que centelleaban en el Sena; escuchaba el ruido de los muelles.

Bañaba, por decirlo así, sus sentidos todos en las delicias de la mañana serena y apacible.

Ciertamente, no pensaba en Camilo; algunas veces le sucedía pararse maquinalmente á contemplar la Morgue desde el otro lado del río, y pensaba entonces en el ahogado, como un hombre valeroso hubiera podido pensar en un miedo estúpido que hubiese tenido.

Lleno el estómago y rejuvenecido el rostro, volvía á hallar su antigua tranquilidad; llegaba á su despacho, y allí pasaba el día entero en bostezar, y en esperar la hora de la salida.

Ya era un empleado como los demás, embrutecido, aburrido, con la cabeza vacía.

La única idea que le preocupaba entonces era la de presentar su dimisión y alquilar un estudio de pintor; soñaba vagamente con una nueva existencia de pereza, y este ensueño bastaba para distraerle hasta la noche...

Jamás le turbaba el recuerdo de la tienda del pasaje, y por la noche, después de haber estado pensando en la hora de la salida desde por la mañana, retirábase con pesar y regresaba á su casa por los muelles, con el ánimo turbado é inquieto.

Por más que anduviese lentamente, tenía, al fin, que llegar á la tienda, donde le esperaba el terror.

Teresa experimentaba las mismas sensaciones: hallábase bien mientras Lorenzo no estaba con ella, y había despedido á la criada, diciendo que todo estaba desordenado y sucio lo mismo en la tienda que en las habitaciones; quería ser mujer ordenada,

pero la verdad era que tenía necesidad de moverse, de agitarse, de ejercitar sus miembros rígidos, y pasaba toda la mañana barriendo, limpiando el polvo, fregando el piso, lavando la vajilla, haciendo todas las faenas que otras veces la hubieran repugnado, y estas faenas la tenían de pie, activa, muda, hasta las doce, obligándola á pensar continuamente en las telarañas que colgaban del techo y en la grasa que ensuciaba los platos.

Entonces se constituía en la cocina y preparaba el almuerzo, y ya en la mesa, disgustábase la señora Raquín, de verla levantarse á cada momento para ir por los platos; conmovida y enojada de la actividad que desplegaba su sobrina, la reñía.

Teresa contestaba que era necesario hacer economías.

Después de la comida, la joven se arreglaba y pasaba á reunirse con su tía detrás del mostrador, y allí la acometía el sueño fatigada por las vigiliias; dormitaba, y cedía al entorpecimiento voluptuoso que se apoderaba de ella en cuanto se sentaba, por más que su sueño no era sino ligero sopor lleno de encanto vago, que calmaba sus nervios; huía su pensamiento de Camilo, y gozaba del mismo reposo profundo que asaltaba á los enfermos á quien súbitamente abandonan sus dolencias; sentía sus carnes molidas y su espíritu libre, y quedaba sumida en una especie de anonadamiento tibio y reparador.

Sin aquellos momentos de tranquilidad, su organismo hubiera estallado bajo la tensión de su sistema nervioso porque en ellos cobraba las fuerzas necesarias para sufrir aun espanto en la noche siguiente.

Además, no dormía, bajaba apenas los párpados y quedaba sumida en un ensueño pacífico.

Cuando entraba en la tienda una parroquiana, ella abría los ojos y servía los pedidos, volviendo en seguida á caer en su vago desvarío.

Así pasaba tres ó cuatro horas, perfectamente feliz, respondiéndole con monosílabos á su tía, dejándose llevar con verdadero deleite hasta de los des-

vanecimientos, y apenas dirigía, de vez en cuando, una mirada al pasaje.

Disfrutaba sobre todo en los días de cielo encapotado, allá en el fondo de la obscuridad, donde ocultaba su cansancio.

Aquel pasaje húmedo, repugnante, frecuentado por una multitud de pobres diablos, cuyos paraguas goteaban sobre las losas, parecía el sendero de un sitio malo, una especie de corredor sucio y percibiendo el olor acre de la humedad, imaginábase que acababa de ser enterrada viva; creía encontrarse en la tierra, en el fondo de la fosa común, donde los muertos amontonados son pasto de los gusanos, y este pensamiento la consolaba y la aplacaba, y decíase que estaba segura ahora de que iba á morir y á no sufrir más.

Otras veces necesitaba tener los ojos abiertos, y Susana, que la visitaba, quedábase allí durante toda la tarde bordando, arrimada al mostrador.

La mujer de Olivier, con su semblante macilento, sus gestos pesados, agradaba á Teresa, quien experimentaba un extraño consuelo mirando á aquella pobre criatura; llamábala su amiga y gozaba teniéndola á su lado, risueña y enfermiza, aunque dejaba en la tienda un triste ambiente de cementerio.

Teresa cuando los azules ojos de Susana, de transparencia vidriosa, se fijaban en los suyos, sentía hasta en los huesos un frío bienhechor, y esperaba así durante cuatro horas; después volvía presurosa á la cocina para preparar la comida de Lorenzo, y cuando veía á su marido presentarse en el dintel de la puerta, oprimiase su garganta, y la angustia se apoderaba nuevamente de todo su sér.

Las sensaciones de los esposos siempre eran con cortas diferencias iguales; durante las horas en que no se hallaban cara á cara, estaban tranquilos, disfrutando de reposo; por la noche, cuando se juntaban, un malestar cruel les embargaba.

Teresa y Lorenzo se estremecían al solo pensamiento de regresar á su habitación, y se esforzaban

por prolongar las veladas todo lo más posible.

La señora Raquín medio acostada en el fondo de su ancha butaca conversaba con ellos plácidamente; hablaba de Vernón; pensando en su hijo, evitando nombrarle por una especie de pudor, y sonreía á sus queridos hijos, forjando para ellos proyectos en lo porvenir; la lámpara despedía sobre su blanca faz pálidos reflejos; sus palabras resonaban con dulzura extraordinaria en el espacio, silencioso y fúnebre.

Al lado de la anciana, mudos, medio muertos, inmóviles, los dos asesinos parecían escuchar con recogimiento, y á la verdad, no procuraban comprender el sentido de la charla de la buena anciana, sino que eran dichosos sencillamente, escuchando aquel ruido de palabras dulces, que les impedían oír el ruido de sus propios pensamientos.

No se atrevían á mirarse y miraba á la señora Raquín para tener un motivo de distracción: nunca hablaban de acostarse, y hubieran permanecido allí hasta la mañana siguiente, oyendo las cariñosas frases de la anciana mercera, si ésta misma no hubiese manifestado el deseo de irse á la cama.

Entonces el matrimonio abandonaba el comedor, y los dos entraban en su habitación desesperados, como si se arrojasen al fondo de un abismo.

Teresa y Lorenzo preferían á aquellas veladas íntimas, las de los jueves.

Cuando estaban solos con la señora Raquín no podían aturdirse, porque la voz débil de su tía y su tierno regocijo no ahogaban los gritos del remordimiento que desgarraban sus conciencias.

Sentían acercarse la hora de acostarse, y temblaban cuando por casualidad dirigían la vista á la puerta de su cuarto; haciéndose más penosa la velada conforme se aproximaba el momento de quedarse solos.

El jueves, por el contrario, olvidaban mutuamente su presencia, sufrían menos, y aun la misma Teresa acabó por desear con avidez los días de recepción, hasta el punto de que si Michaud y Grivel

no hubiesen comparecido, habría sido capaz de ir á buscarles; cuando había personas en el comedor, colocadas entre ella y Lorenzo, sentíase más tranquila y hubiera querido tener siempre convidados, que hubiese ruido, algo para aturdirla y aislarla.

Delante de la gente manifestaba cierta alegría nerviosa, y Lorenzo también apelaba á sus recuerdos y dejaba oír sus bromas de aldeano, su risa tosca, sus bufonadas de antiguo rapazuelo.

Nunca las recepciones habían sido más agradables ni más ruidosas.

Sólo así Lorenzo y Teresa lograban hallarse juntos y sin temblar, una vez á la semana.

Bien pronto presentóse un nuevo motivo de intranquilidad: la parálisis de la señora Raquín aumentaba de día en día, y ellos vieron acercarse la hora en que la pobre anciana se encontraría impotente y alelada en su butaca.

La pobre vieja comenzaba á balbucear frases sueltas, incoherentes; su voz desfallecía, y sus miembros, unos tras otros, iban paralizándose y muriendo.

Dejaba de ser persona para transformarse en cosa.

Teresa y Lorenzo veían con espanto desaparecer aquel sér que les separaba todavía, y cuyas palabras desvanecían á veces sus desagradables sueños, diciéndose que cuando la inteligencia habría abandonado á la anciana mercera, y ésta quedase muda y rígida en el fondo de su butaca, ellos se encontrarían nuevamente solos y por la noche no podrían librarse de sí mismos y de sus terribles entrevistas: su terror empezaría á las seis de la tarde, en lugar de comenzar á media noche, y se volverían locos.

Todos sus esfuerzos se dirigieron á conservar á la señora Raquín un estado de salud que era tan precioso para ellos; consultaron á los facultativos y prodigaron á la enferma cariñosos cuidados, hallando en este oficio de enfermeros un bienestar que les estimulaba á redoblar su celo.

No querían perder un tercero que hacía las no-

ches más llevaderas; no querían que el comedor, que la casa entera llegase á ser para ellos un lugar cruel y siniestro como lo era el propio dormitorio.

La señora Raquín agradecía mucho el afectuoso esmero con que la trataban, y felicitábase con lágrimas en los ojos de verles tan unidos, y de haberles regalado sus cuarenta y tantos mil francos, porque, desde la muerte de su hijo Camilo, nunca había confiado en un afecto semejante, para sus últimos días, y sobrellevaba con resignación el dolor de su vejez por la ternura de sus queridos hijos; ni siquiera sentía la parálisis implacable que, á pesar de todo, la agarrotaba más cada día.

Teresa y Lorenzo llevaban empero su doble existencia.

Había en cada uno de ellos como dos seres muy distintos: un sér nervioso y amedrantado, que se estremecía desde que llegaba el crepúsculo, y un sér aletargado y olvidadizo, que respiraba con libertad tan luego como salía el sol; vivían con dos vidas, chillaban de angustia cuando estaban solos, y sonreían agradablemente cuando se hallaban acompañados.

Jamás su rostro dejaba en público adivinar los sufrimientos que les devoraban en la intimidad.

Tranquilos y dichosos en apariencia, ocultaban instintivamente sus males.

Nadie hubiera sospechado, al verles tranquilos durante el día, que todas las noches les atormentaban alucinaciones terribles, y hubiéraseles creído un matrimonio protegido por el cielo, viviendo en plena felicidad.

Grivet les llamaba galantemente *los tórtolos*, y cuando veía sus ojos adormecidos por las prolongadas vigiliias, bromeaba con ellos, preguntándoles que ¿cuándo sería el bautizo? y todos los contertulios se reían.

Teresa y Lorenzo apenas palidecían, y aun lo graban sonreirse, habituados ya á las bromas atrevidas del viejo empleado.

Mientras se hallaban en el comedor, nadie podía adivinar sus terrores y el espantoso cambio

que se operaba en ellos al encerrarse en su dormitorio; y sobre todo en la noche de los jueves, aquel cambio era de brutalidad tan violenta, que parecía verificarse en un mundo sobrenatural.

El drama de sus noches, por su extrañeza, por su arrebatos salvajes, sobrepujaba á todo lo creíble y quedaba profundamente escondido en el fondo de su sér quebrantado.

Si hubiesen dicho algo de lo que les pasaba se les hubiera creído locos.

—¡Qué dichosos son estos enamorados!—decía muchas veces el viejo Michaud.—No hablan mucho, pero piensan. ¡Apostaríá cualquier cosa á que se devoran á caricias cuando nosotros no estamos aquí!

Tal era la opinión de la sociedad, y ocurrió que Teresa y Lorenzo fueran citados como modelo de matrimonios, y los vecinos del pasaje del Pont-Neuf ponderaban el afecto, la tranquilidad feliz, la eterna luna de miel de los dos esposos.

¡Ellos solos sabían que el cadáver de Camilo se acostaba entre ambos!

¡Ellos solos sentían, bajo el sereno cutis de sus rostros, las contracciones nerviosas que por la noche estiraban horriblemente sus facciones y cambiaban la expresión plácida de su fisonomía en innoble máscara dolorida!

XXV

Al cabo de cuatro meses Lorenzo pensó en los beneficios que se había prometido sacar de su casamiento.

Hubiera abandonado á su mujer y huído del espectro de Camilo tres días después de la boda, si su interés no le hubiese tenido como clavado en la tienda del pasaje; mas aceptaba sus noches de terror y soportaba las angustias que le ahogaban, por no perder el precio de su crimen.

Abandonando á Teresa, volvía á caer en la miseria y tenía que conservar nuevamente su empleo; permaneciendo con ella, podía, por el contrario,